

ORGAZ Y CERVANTES

El destino había marcado a Cervantes un camino que, a lo largo de toda su vida, habría de recorrer incansable — ¡Oh, trotamundos de las veredas castellanas! — hacia su amada Andalucía; y, de regreso, a su adorada Castilla. El Camino de la Plata, desde Toledo a Córdoba y Sevilla, pasaba inexorable por una histórica y noble Villa toledana — Orgaz —, cuyo castillo medieval, su torre cuadrilonga, su campiña serena, quedarían impresos para siempre en las inquietas pupilas cervantinas. Un sugestivo cuadro sobre el fondo azul, límpido, del cielo toledano. Fueron muchos los viajes, desde niño, por ese camino polvoriento — “Surco estéril de la tierra castellana. . .” — los que hizo Miguel durante toda su vida. Seguramente que allí, en Orgaz, descansaría; pues el paso debía de coincidir con la hora del yantar. Por eso, en “La Ilustre Fregona”, siendo el escenario la Posada o Mesón del Sevillano, recomienda Carriazo a Avendaño: “Conviene que mañana madruguemos, porque antes que entre la calor estemos ya en Orgaz”. Y en otro pasaje de la misma Novela, dice Cervantes: “. . . desde Madrid había pasado por la barca de Aceca, y aquella noche dormía en Orgaz. . .”

Pero cuando verdaderamente llegaría al culmen de sus recuerdos aquella preciosa Villa toledana, tantas veces vívamente impresa en su memoria; sería por aquel verano de 1586, en que hallándose Cervantes en Toledo, el Greco trabaja intensamente sobre su archifamoso cuadro “El Entierro del Conde de Orgaz”. Amistad casi familiar une a Miguel con el cura de Santo Tomé, Andrés Núñez de Madrid, quien encargara el Cuadro a Domenico con la idea, parece ser, de que su terminación encajara con la boda de su sobrina, Dña. Elvira Dávalos y Vera (apellidada también de Avalos y Toledo, y aun de Madrid), con Gonzalo de Guzmán y Salazar, primo de la esposa de Cervantes. El Alcalaino y el Greco se conocieron aquel verano, en el que el eximio pintor hacía posar a los caballeros, que, habían de quedar plasmados como personajes en su obra excepcional.

Es muy posible —nunca podrá probarse fehacientemente, por supuesto— que Miguel de Cervantes sea uno de aquellos privilegiados mortales que pasaron a la inmortalidad del Lienzo. Aquel Lienzo, cuyo importe, mil doscientos ducados, fue pagado con los impuestos de la Villa de Orgaz, para gloria de los siglos y honra de su Ilustre Señor, Don Gonzalo Ruiz de Toledo; que fuera Notario Mayor de Castilla: El Conde de Orgaz.

Los Genios se encontraron aquel fausto verano de 1586. La amistad debió de surgir inmediata, espontánea; así como la invitación a aquel poeta ingenioso, decididor y alegre que, acababa de publicar —un año antes— la encantadora “Galatea”, a formar parte de sus distinguidos modelos. En aquellas horas, en aquellas largas poses, pensaría el Poeta en sus viajes, de niño, por los caminos de Castilla, de Toledo, de Orgaz. . . Orgaz, por donde luego tantos años, tantas veces, seguirá pasando; por donde en tantas ocasiones recordaría, cada vez con la sonrisa más triste, más amarga — ¡ay, los años, los trabajos, las vicisitudes! — a Domenico Theotocópuli y a Don Gonzalo Ruiz de Toledo; aquel señor del Cuadro, aquel prócer, cuyo símbolo de nobleza se respira en el aire de Castilla. Profundamente inspiraría Cervantes el diáfano oxígeno de sus recuerdos, en el aire transparente, sereno, en sus repetidos viajes y cada vez que pasaba por su amada Villa de Orgaz. . .

José Rosell Villasevil
(Mantenedor de la
XVII Fiesta de Primavera)